

Hallándose el Siervo de Dios en Lérida, se le presentó una mujer llevando á su nieto de la mano. Llamábase el chicuelo Francisco Forcadell y Maciá, y tenía como unos once años; mas el infeliz estaba sumamente deforme con dos gibas que le habían salido, una en el pecho y otra en las espaldas. La buena abuela, que amaba cariñosamente al desgraciado niño, suplicó al P. Claret se dignara curarlo. "Yo no soy médico, — respondió el Padre, tocando al mismo tiempo el pecho y las espaldas del muchacho; — pero ya le curará Dios si le conviene." A los pocos días sanó el pobre niño, y no quedó en su cuerpecito rastro alguno de deformidad (1).

En la honrada villa de Falset vivía D. Francisco de Paula Sabaté y Cortadellas, respetable anciano de setenta y seis años de edad, labrador y propietario, natural de la misma villa. Tenía una hija, á la que tiernamente como padre amaba. Su nombre era Isabel Sabaté y Rull, contaba siete años y siempre había estado parálitica, sin poderse menear ni dar un paso. El tierno amor del bondadoso padre agotó todos los remedios humanos para librar á la pobrecita de tan triste enfermedad, pero todo fué inútil; la niña seguía inmóvil y sus delicados miembros no obedecían á los impulsos de la voluntad. Sombrío porvenir aguardaba á la infeliz criatura, cuando un pensamiento consolador, como rayo de luz que en noche tenebrosa ilumina el horizonte, cruzó por la inquieta mente del padre é hizo renacer en su corazón la esperanza. Llegó á Falset la grata nueva de que en la vecina villa de Porreras se hallaba predicando el célebre Misionero *Mosén Antón Claret*, á quien Cataluña entera veneraba como á santo, y tan pronto como de ello se enteró el padre de Isabelita, concibió en su alma firmísima creencia de que el Siervo de Dios la curaría. Sin reparar en dificultades llevó como pudo á su hija á la presencia del santo Misionero, quien, con su habitual compasión y dulzura, le consoló y animó á que esperara en la misericordia del buen Jesús, el cual nunca desampara á los que en Él confían.

La fe del venerable anciano fué luego recompensada por el Señor, porque desde aquel momento la niña comenzó á me-

(1) Relación de D. Buenaventura Pou, carta fechada en Juneda el 12 de Marzo de 1884.

jorar visiblemente, en breve anduvo bien y sin embarazo, y hoy día vive sana y robusta (1).

María Ana Vigner, señora de conocida piedad, fué un día á nuestra Casa-misión de Vich y dió cuenta al amable Padre Clotet, Superior de la misma, de cómo nuestro P. Fundador la curó maravillosamente. La relación la hizo en estos términos, que á poca diferencia son los mismos con que declaró en el proceso informativo para la introducción de la Causa de beatificación del Siervo de Dios. "Era yo, — dice (2) — una jovencita de unos quince años de edad, poco más ó menos, cuando padecía una dolencia de estómago de tan mala índole que llegó á postrarme por completo; el médico desconfiaba de salvarme, y mi abatimiento era tal que los síncope se sucedían unos á otros con frecuencia. Tan triste estado era efecto de cuatro años de padecimientos en mi enfermedad. Agotados todos los remedios y dando el médico mi muerte por inevitable, una mujer piadosa aconsejó á mi madre me llevase á *Mosén Antón Claret*, diciéndole que éste se hallaba en Vich y hacía curaciones milagrosas. Provista mi madre de cordiales y medicinas, determinó llevarme á dicho sacerdote; y como mi casa dista de la ciudad de Vich unas dos leguas, más bien me arrastró que me acompañó; hubo de auxiliarme varias veces á causa de mis síncope, y tuvimos que emplear en el camino triple del tiempo necesario cuando se va con paso regular. Llegados á Vich, me presentó mi madre al Siervo de Dios, le explicó mis males, y él le respondió: "Yo no soy médico." Mas luego, dirigiéndose á mí, me encargó tuviera una particular devoción á María santísima, y añadió: "Sé buena cristiana; ya curarás." Nos despedimos, y al pasar la puerta de su habitación me prescribió una poción de hierba de la hidropesía, llamada vulgarmente (en Cataluña) *estirabellas*. En aquel mismo instante me siento curada, recobro las fuerzas y vuelvo á mi casa como si jamás hubiera estado enferma. Viéndolo mi madre, se quedó pasmada, y lo mismo sucedió al médico que me había visitado y á cuantos lo supieron, y seguí con una salud tan perfecta que ni siquiera me acordé

(1) Relación de D. Francisco Mestre, Cura párroco de Falset.

(2) Declaración de María Ana Vigner, natural de la Gleva, arrabal del pueblo de San Hipólito, diócesis de Vich, provincia de Barcelona.

de tomar la medicina que el Siervo de Dios me prescribió.”

En la masada llamada de Trias, cercana á la villa de Navata y situada en el obispado y en la provincia de Gerona, un hombre apellidado Pedro Llobet, tenía un hijo de corta edad en triste y miserable estado. Padecía el chiquito hacia ya cuatro ó cinco años una especie de lepra ó herpes corrosiva que le cubría todo el cuerpo, causándole tan horribles y agudos dolores que la pobre criatura daba con frecuencia gritos desgarradores y echaba á correr como un desesperado. No podía ir vestido, ni siquiera podía llevar la camisa; las únicas prendas que cubrían su lastimado cuerpo eran unos pantalones muy anchos y una tela grosera que, echada sobre la cabeza, le llegaba hasta la cintura. Los padres del niño, cansados de hacerle visitar por los médicos y de administrarle medicinas que ningún efecto producían, no sabían ya qué hacerse, cuando una buena persona les aconsejó que lo llevasen al Padre Claret, á quien se atribuían curaciones maravillosas, y que á la sazón se hallaba en Figueras, á poco más de una legua de distancia. No cayó en saco roto el consejo, tanto más cuanto que en aquellos momentos de angustia y aflicción cualquier remota esperanza venía á ser de algún alivio al amante corazón del padre.

Tomó éste á su hijito, y sin pérdida de tiempo lo llevó á Figueras, adonde llegó cuando el P. Claret estaba dando gracias después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa. Luego que el Siervo de Dios hubo concluido, se le acercó Pedro Llobet y le dijo:

—Traemos á Ud. este hijo para que vea si nos le puede curar.

Levantó el Siervo de Dios la tela que cubría el cuerpecito del muchacho, y al verlo exclamó con gran compasión y ternura:

—¡Pobrecito, cuánto habrás padecido!

—¡Ay, si ha padecido!, —repuso el padre del doliente;— sólo Dios lo sabe y nosotros, que lo hemos presenciado.

Entonces dijo el P. Claret al niño con mucha amabilidad:

—Sé buen cristiano; ya curarás si conviene; yo te encomendaré á Dios.

Esperaba el buen hombre que les hablaría de remedios; y viendo que nada les decía, le expuso que si por sus ocupacio-

nes no podía despacharlos al momento, aguardarían aunque fuese hasta la noche.

—No habéis de aguardar, —replicó el Siervo de Dios;— haced lo que os prescriban los médicos; yo le encomendaré á Dios.

Desconfiados los padres del pobre paciente de alcanzar la salud de éste por medio de los médicos, ya sólo esperaron en las oraciones de *Mosén Antón Claret*, y no fué vana su esperanza; pues fueron éstas tan eficaces que al salir de Figueras el niño recobró la salud, y á los pocos días todos pudieron notar que su carne estaba enteramente limpia, como si nunca tal enfermedad hubiera padecido, lo cual fué en Trias público y notorio (1).

Llamó en Vich mucho la atención otro hecho maravilloso, ya en sí mismo, ya en las circunstancias que lo acompañaron, y que prueba evidentemente las divinas y familiares comunicaciones que al P. Claret concedía la bondad del Señor, no menos que la admirable condescendencia con que siempre atendía las humildes súplicas de su Siervo. Para que la narración resulte más verídica y exacta nos valdremos de las mismas palabras de un fidedigno testigo ocular, sacerdote y hermano del agraciado.

“Tenía yo, — escribe el venerable sacerdote, — un hermano llamado Pedro Oms, al cual, de resultas de una caída, se le produjo una inflamación en los ojos, de la que por fin quedó ciego por espacio de un año. Varios fueron los médicos que le visitaron y muchos los medicamentos prescritos, pero sin resultado, pues los ojos quedaron cerrados enteramente y no se los pudieron abrir ni con medios violentos. Recuerdo muy bien que nuestro entonces cirujano D. José Serra, ahora difunto, probó un día de abrírselos á la fuerza para poder ver cómo estaban por dentro; pero le fué imposible, dándole sólo por resultado el que cayera una gota de sangre de uno de ellos.

„En tan triste estado, y perdida ya la confianza en las prescripciones médicas, mi padre (q. e. p. d.), como amigo del Excmo. Sr. Claret, en aquel entonces Mosén Antón Claret, en razón de servirle de sastre y valerse también de él como de director espiritual, le encomendó eficazmente á sus oraciones,

(1) Noticias recibidas de D. Antonio Casamor y otras personas fidedignas.

puesto que gozaba ya fama de santo y se contaban varias cosas portentosas logradas por su mediación. Yo, que iba casi siempre al lado de mi padre, fui testigo de cómo varias veces le respondió dándole esperanzas de la curación de mi hermano. Mas le dió un medicamento sencillísimo, que consistía en lavarle los ojos con agua derretida en azúcar piedra, como se lo hizo muchísimas veces, persignándose en varias ocasiones y diciéndole: "Ya curarás." En efecto: llegó el día de Viernes Santo del año 1848 (1) próximamente, y mi padre, al hacerle visitar por la mañana un monumento inmediato á nuestra casa, le encargó pidiera á Dios su curación, lo cual hizo mi hermano muy de veras y con mucha instancia. No fué ciertamente su petición infructuosa, pues mientras el P. Claret, haciendo las tres horas de agonía en Nuestra Señora de la Merced, decía en el púlpito: "que, cual Longinos, había entonces quien recobraba la vista en virtud de la sangre de Cristo," estando mi hermano sentado junto á la mesa, donde cosían mi madre y mis hermanas, exclama de repente: "Yo veo este verde del redondel de la mesa; yo veo los otros objetos."

„En efecto: viéronse de repente abiertos sus ojos, en cada uno de los cuales se observó una nube, que si bien le tapaba una parte de la niñeta, con la otra parte podía ver los objetos, aunque no con aquella perfección con que los vemos los que gozamos de buena vista. Para comprobar su aserción se le presentaron varios objetos, entre otros algunas monedas. Se las mostramos como si fueran de otro valor del que en realidad tenían; pero conoció perfectamente el engaño sin equivocar el valor ni las demás circunstancias. Iba solo por todas partes y continuó su carrera eclesiástica, no impidiéndole el estado de su vista el estudio hasta su muerte, acaecida muchos años después del suceso referido. Cualquiera puede figurarse la admiración y alegría de toda la familia, que no sabía explicarse tan raro é inesperado acontecimiento. Subió de punto la satisfacción al venirse en conocimiento de que el cobrar la vista instantáneamente había coincidido con la hora en que el Sr. Claret decía en el púlpito de la Merced, "que cual Longinos, había quien recobraba la vista en virtud de la sangre de Cristo." Corrió luego la noticia de este extraordina-

(1) Según cálculos del autor de las Memorias, debió ser el de 1847 ó 1850.

rio suceso, y parientes y amigos vinieron á felicitarnos por el milagro, que así lo llamaban. No tardamos en ir con mi padre á casa del Sr. Claret á darle noticia de la curación instantánea de mi hermano, cuyo relato escuchó como cosa sabida y sin que le causase admiración ni movimiento que denotara novedad ni curiosidad; antes al contrario, parecía que le mortificaba. Entonces mi padre preguntó: "¿Qué tengo, pues, que responder á los que vienen á felicitarnos, diciendo que es un milagro?" Á lo que él respondió, dirigiéndose á mí: "El niño ya sabe por la Filosofía que milagro es una inversión de las leyes de la Naturaleza; así es que, aun cuando Pedro no hubiera hallado remedio en la medicina, podía, no obstante, hallarlo. Podría decirse,—añadió,—que es una gracia, un favor especial del cielo, al cual debemos estar agradecidos." Tal es, en substancia, el hecho ocurrido con mi hermano Pedro, y que fué tenido por un verdadero milagro, no sólo por mi hermano, sino también por toda mi familia y por las muchísimas personas que vinieron á visitarnos como favorecidos de una manera milagrosa por mediación del referido Siervo de Dios; de modo que no tengo reparo en afirmar que se hizo este hecho público y notorio (1)."

Si el Señor, empero, tanto favoreció al P. Claret concediéndole el don de curar á otros, también algunas veces le manifestó el singular amor que le tenía premiando su apostólico celo con la providencia especial con que miraba por la salud de él mismo y por el modo maravilloso con que algunas veces se la hizo recobrar. Al presente referiré un solo caso acaecido en Barcelona.

A causa, sin duda, de los muchos y largos ratos que pasaba arrodillado en la oración, le salió en la rodilla una lupia, que llegó á irritarse de tal suerte que fué menester hacerle una operación quirúrgica. Hallábase el Siervo de Dios, como solía siempre que iba á Barcelona, hospedado en casa de don Francisco de Asís Bofill, capellán de las religiosas agustinas, llamadas magdalenas, el cual tenía las habitaciones contiguas á la iglesia del convento, existente entonces en la calle de Riera. Aquí fué donde el médico cirujano, Dr. D. José Bofill y Basses, le hizo la operación; hechas en la rodilla las incisio-

(1) Declaración del Rdo. D. Mariano Oms, presbítero.

nes necesarias, le apartó la piel y le arrancó de raíz la bolsa del tumor causante de la irritación, todo lo cual sufrió el Padre Claret con suma paz y alegría, como si se operara en rodilla ajena. Luego lavó el cirujano la grande abertura, juntó la piel cortada, y con bálsamo, lienzos y vendas se la dejó en disposición de cicatrizarse las heridas y, como era natural, le encomendó en gran manera la quietud y el reposo. Mas apenas el hábil facultativo había salido del cuarto del P. Claret, éste, con aquella ilimitada confianza que en Dios y en María santísima tenía, se levantó, bajó á la iglesia y se puso á oír confesiones. Entretanto, uno de los domésticos fué á su aposento para darle una taza de caldo, y quedó sorprendido al notar que ya no estaba en él, y más cuando supo que se hallaba en la iglesia confesando (1).

Como su rodilla por este acto, que en otros hubiera sido una imprudencia, no hubiese padecido detrimento alguno después de muchos años de este suceso, el Rdo. P. Claret, estando de paso en Barcelona, fué á casa del médico cirujano que le había hecho la operación, y le preguntó si, á su juicio, había algo de extraordinario, y le respondió que verdaderamente lo había.

5. Si son para admirar las obras maravillosas con que los santos ejercitaban la caridad para con el prójimo en los bienes corporales y caducos, que al fin y al cabo una vez ú otra se han de perder, son ciertamente más dignas de agradecimiento las obras espirituales de misericordia, con las que se ennoblece y perfecciona la porción superior del hombre, ora arrancando al alma del pecado y poniéndola en camino de eterna salvación, ora apartando los estorbos que más impiden en el hombre la gracia divina, ora, en fin, iluminándolos y disponiéndolos para que de nuevo entren en los senderos de la verdad y se enderecen al verdadero término de nuestra mortal peregrinación, que es la vida eterna y bienaventurada. Antes de narrar los portentos de la gracia obrados por el apostólico celo del P. Claret, y que bien mirados son de mayor trascendencia que cuantos milagros se refieren al trastorno ó mudanza de la Naturaleza, referiremos la liberación de

(1) Testigos: Rdo. D. Carlos Bofill y D. Jaime Bofill, propietario y hermano del anterior.

un jovencito que gemía, al parecer, en el duro cautiverio del demonio por una especie de posesión, peligrosa y molesta para el cuerpo, y mucho más dañosa para el alma.

Vivía en el pueblo de Teyá, obispado y provincia de Barcelona, un muchacho como de catorce á quince años, llamado Juan Gibernau y Sabatés. Estando un día el jovencillo á las siete de la noche en la plaza de la iglesia, en ocasión de entrar en ella el santísimo Viático, que acababan de administrar á una enferma, le sobrevino por primera vez un ataque epiléptico. Repitióle éste después con mucha frecuencia, y uno de los síntomas más extraños y alarmanes que lo acompañaban era una grande repugnancia á los actos de religión, que ni podía él practicar ni sufría verlos en otros. Esta disposición de ánimo llegó á serle habitual, y de un modo particular se sobresaltaba cuando se le quería hacer entrar en la iglesia para oír la santa Misa ó asistir á otra función religiosa. No sabía el joven, cuando en edad madura declaró, á qué atribuir semejante aversión á los actos religiosos, aunque le constaba que los demás le tenían por endemoniado. Esta era, efectivamente, opinión común en el pueblo, á la verdad no del todo infundada, si bien no por esto me decido en absoluto en favor de ella. Lo cierto es que se notaron en él señales, según parece, extraordinarias, como eran hablar un lenguaje que nunca había aprendido y que los del pueblo no entendían, ponerse sobremanera furioso y agitado cuando alguno se santiguaba en su presencia, y lo que es más extraño, cuando por la espalda, y sin que él pudiera advertirlo, ponían sobre su cuerpo alguna cruz, aunque hecha de simples pajuelas; aun cuando parecía estar más distraído en alguna cosa, era imposible sorprenderle con algún signo de religión sin que luego lo echara de ver, y con horribles contorsiones y ademanes manifestara su ira y descontento.

Cualquiera que fuese la causa de tan tristes accidentes en un muchacho criado entre personas religiosas y de costumbres sencillas, lo cierto es que constituían en él una verdadera enfermedad en extremo peligrosa para el alma, y que su curación súbita, hecha del modo que diré con sencillísimos remedios, fué no menos beneficiosa y admirable que la curación de un energúmeno. Como en todo el Principado catalán se había extendido á manera de aura embalsamada la fama de san-

tividad del P. Claret, no se halló mejor remedio para la enfermedad del infortunado joven que el llevarlo á la presencia del Varón de Dios. Puesto el desdichado en un carruaje, y acompañado de cuatro vecinos de Teyá, partió para Barcelona y fué conducido á casa del capellán de las magdalenas, D. Francisco Bofill, en donde estaba hospedado el P. Claret, recién llegado de la ciudad de Vich. Al poco rato de aguardar el enfermo y los que le acompañaban en la sala contigua á la puerta de la habitación, salió un sacerdote, quien les anunció de parte del P. Claret que pasaran adelante. El muchacho se resistía á pasar, lo cual atribuían los otros al temor de que en presencia del Padre le acometiese algún ataque.

Al fin lograron hacerle entrar, y ¡cosa admirable! lo mismo fué estar en la presencia del Siervo de Dios que amansarse como un cordero. El buen Padre, con inefable cariño, puso una mano sobre la cabeza del doliente, y tomando la de éste con la otra, le dijo: "Escucha, hijo; cada día rezarás el santo Rosario, tres Avemarías á la Madre de Dios, un Padrenuestro al Angel de la Guarda y otro á mi intención. Mañana vas á confesarte; si el confesor te preguntare si estás enfermo, responderás que no; si quisiere saber quién te ha curado, le dirás: Dios nuestro Señor."

Dirigiéndose después á los que le acompañaban, añadió: "Si dentro de algunos días le repite el accidente, no hagan ustedes caso, que será de poca importancia; pero si fuese como los anteriores, me lo dicen ustedes." A los ocho días le repitió, en efecto, el ataque, pero fué sumamente benigno; y como se lo notificaran al P. Claret, respondió: "Tened confianza; nunca más le vendrá." Y así fué, porque el pobre Juan quedó enteramente libre de aquella terrible enfermedad, y no se cansaba de alabar al Señor, que le había librado de ella por mediación del virtuoso Misionero.

Apenas salió de la presencia de éste pudo ya rezar sin dificultad alguna el santo Rosario en compañía de los otros, siendo así que hasta entones había sido tan grande su horror á toda clase de devociones (1).

(1) Para que conste la autenticidad del caso pongo aquí los nombres de los testigos y la edad que tenían cuando en 1889 hicieron sus declaraciones delante del señor Cura ecónomo de Teyá.—D. Juan Gibernau y Sabatés, alias *Pirrei*, que es el referido joven, quien tenía al declarar la edad de cincuenta y cinco

6. Señal de grande poderío es el echar el demonio de los cuerpos por medio de la palabra; prueba, empero, incomparablemente más la omnipotencia del Criador arrojarlo de las almas en las que por el pecado mortal tiene su asiento, y á las que, como cautivas, sujeta con cadenas inquebrantables á los esfuerzos del poder humano. Trocar los corazones de los hombres de enemigos en amigos de Dios; de antros pavorosos, albergue de las tinieblas infernales, en templos de luz y de gloria, donde mora con sus dones el Espíritu Santo; de hediondo sepulcro donde yace el alma cual abominable esqueleto de un cadáver, en purísimo y divinal ambiente, donde el espíritu recibe vida inmortal, cosa es más sublime y admirable que crear mil mundos y resucitar los muertos, por más que en ello no reparen los hombres, ora por verificarse en lo escondido del alma, donde no llega la mirada escudriñadora de las criaturas; ora por ser, gracias á la bondad y misericordia del Señor, espectáculo que diariamente se ofrece á nuestros ojos. Mas no por esto es de suyo menos grande el don de convertir las almas y llevarlas al Señor. Si alguno en nuestro siglo lo alcanzó en grado eminente; fué sin duda el Apóstol de Cataluña y de Canarias. Sólo á Dios es conocido el número de almas que arrancó del poder de Satanás con las predicaciones y los demás actos de su celo evangélico. Sin temor de equivocarnos podemos asegurar que en el tiempo que fué simple sacerdote pueden contarse por millares y millares, y otro tanto puede decirse de las que convirtió hasta su muerte, después de haber sido promovido á la dignidad arzobispal. Mas como sería imposible referir las conversiones ordinarias que hizo en sus excursiones apostólicas, me limitaré á dar cuenta de algunas de las extraordinarias que han podido llegar á nuestra no-

años.—D. Pedro Gibernau y Lladó, de edad de sesenta y siete años, uno de los cuatro hombres que acompañaron al enfermo; los otros tres han fallecido.—Don Salvador Sabater y Botey, de edad de setenta y nueve años.—D. Buenaventura Durán y Mora, de edad de setenta y seis años.—D. Juan Durán y Mora, de edad de sesenta y seis años.—D. Juan Valls y Estaper, de edad de setenta y seis años.—D. Luis Castanyé, de edad de sesenta y nueve años.—Es de advertir que todos estuvieron acordes en sus declaraciones, en especial sobre la creencia pública de que D. Juan Gibernau y Sabatés era energúmeno y de que fué curado por Mosén Antón Claret. Nótese además que por certificación del presbítero D. Joaquín Pibernat, Cura ecónomo de Teyá, consta que los declarantes son personas de piedad y dignas de todo crédito.

ticia, y que de fijo han de ser más del agrado de los lectores.

Iba el Siervo de Dios á predicar á una parroquia no muy distante de Olot, cuando al llegar á cierto punto le salieron al encuentro tres hombres de aspecto feroz, que le gritaron: "Alto, Padre capellán; prepárese Ud., que va á morir."

No se inmutó el bendito Misionero al verse impensadamente en manos de asesinos; antes con ánimo sereno y blanda voz les dijo: "Voy á predicar un sermón al pueblo de..., donde se celebra la fiesta mayor. Todo está prevenido, y me están aguardando á una hora fija; dejadme, pues, en libertad, que después de haber predicado mi sermón volveré aquí mismo preparado para morir."

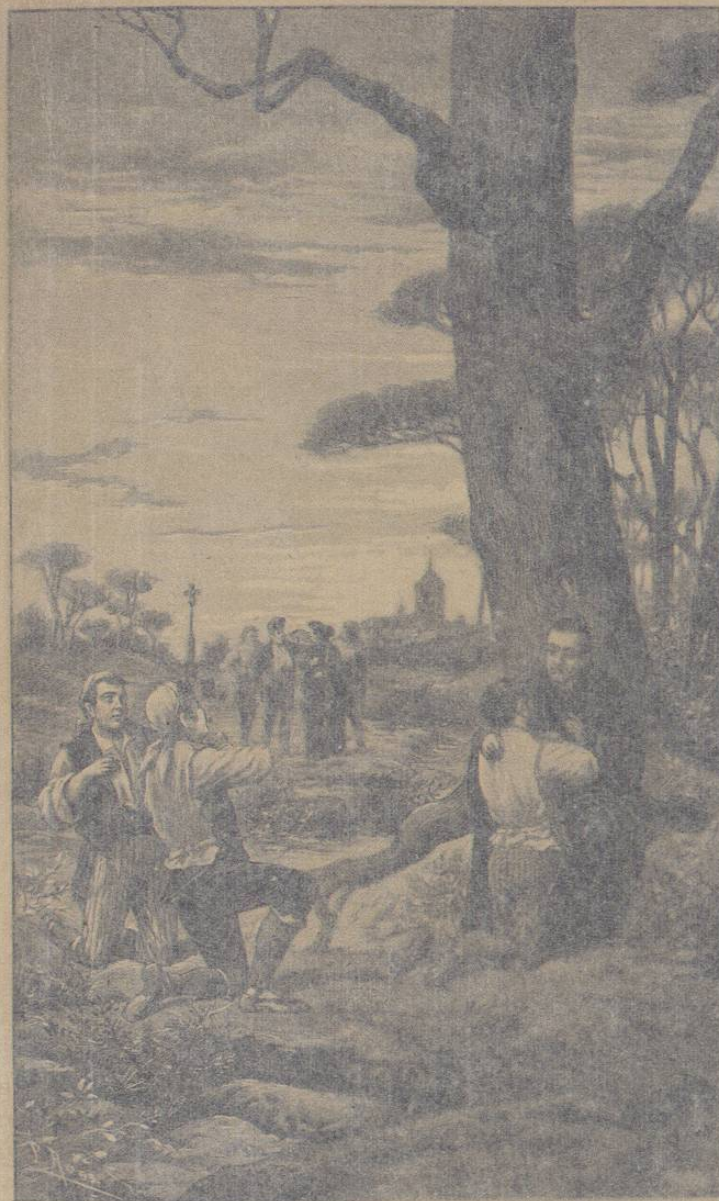
Desarmado uno de los tres al oír estas palabras, que tanta grandeza de ánimo daban á entender, se esforzó en persuadir á los otros que suspendieran por entonces la ejecución del crimen. Resistíanse éstos al principio por temor de ser descubiertos; mas al fin, asegurados por el P. Claret que á nadie hablaría de lo ocurrido, como vieron tanta sinceridad y sencillez en sus palabras, le creyeron y luego le soltaron, pero á condición de que cumpliera la promesa de volver después al mismo lugar.

Valor heroico era menester para cumplir tan escabrosa condición; pero el P. Claret, que nada anhelaba tanto como derramar su sangre por Jesucristo en cumplimiento de su sagrado ministerio, no dudó un momento en ponerla por obra. Predicó, se confesó, y al día siguiente, fiado en Dios nuestro Señor que trocaría los corazones de aquellos hombres desalmados y resuelto á dar la vida por ellos, tornó al lugar donde le habían detenido y se paró un poco; mas como no viese á nadie, echó á andar para volverse; pero luego salieron los tres hombres, que se hallaban escondidos, y le detuvieron de nuevo.

— Ya estoy, amigos míos, — les dijo el P. Claret, — á vuestra disposición, preparado para morir; os doy las gracias por haberme concedido el favor que os pedí.

— A la verdad, — respondieron ellos, — que habíamos pensado asesinarle; pero su modo de obrar ha desarmado nuestra cólera y hemos mudado de intento: queremos confesarnos aquí mismo y dejar la vida infame que tiempo ha llevamos.

Confesáronse, en efecto, y desde entonces llevaron una vida edificante y verdaderamente cristiana.



J. Masana y C. — Barcelona

Yendo el Siervo de Dios á predicar á un pueblo le salen al encuentro tres ladrones y los convierte.